

á la bayoneta bajo un fuego devastador, casa por casa, calle por calle, y aquella matanza por una parte y otra duró tres horas.»

El coronel Combes, uno de los héroes de este combate que cayó herido mortalmente, decía la víspera de exhalar su postrer aliento, al general Valée. «Los que sean bastante dichosos para volver de este asalto, podrán decir que han visto una buena y gloriosa jornada.»

A consecuencia de aquel hecho de armas Valée fué nombrado Gobernador general de la Argelia y bajo su mando la colonia se sosegó, poblóse Argel á la par que se embellecía, tomando gran desarrollo la agricultura.

El general, queriendo asegurar más la tranquilidad del país y ahogar los movimientos hostiles que pudieran intentar las tribus fronterizas, resolvió recorrer la comarca entre Argel y Constantina por Setif y las Puertas de Hierro.

Aventurada por cierto era esta resolución, pues una expedición por aquellas llanuras desconocidas y cortadas por desfiladeros temibles, podía ser sorprendida desastrosamente; empero tomáronse las medidas oportunas para no dejar entrever el objeto que se proponían, consiguiendo con ello asombrar á los árabes á la vez que interrumpidas comunicaciones se abrían nuevamente, y las amistosas relaciones que existían entre franceses y algunas tribus, se estrechaban también.

En esta expedición acompañaba á Valée el duque de Orleans, quien al llegar con el ejército á las Puertas de Hierro, sitio á propósito para cualquier clase de sorpresas, mandó escribir en las murallas calcáreas de ella «Ejército francés, 1839.»

Abd-el-Kader tomaba de nuevo por aquel tiempo las armas contra los franceses y predicaba la guerra santa.

Hijo de un morabito y célebre morabito á su vez, inteligente y fanático, tan ingenioso como enérgico, hermoso, alto, vigoroso, de ojos seductores cuando el ardor guerrero no los hacía terribles, admirado por su saber y temido por su valor, reverenciado por su carácter religioso, Abd-el-Kader, de mero dey de Mascara, de mero jefe árabe como tantos otros entonces había, ambicionaba ser el jefe de todos los árabes del África después de coaligarlos contra los franceses y arrojar á éstos.

Y vino á ayudarle en su empresa el tratado de Tafna, que afirmaba y extendía su soberanía, con lo cual aumentó su influencia y pudo preparar sus recursos y ejército, comenzando de nuevo la guerra

con la impetuosidad de un árabe y fanatismo de un musulmán, reuniendo todas las aptitudes y todos los prestigios, administrando y rezando, predicando y combatiendo, siempre soldado, siempre general y ante todo profeta.

En la cuenca del Mitidja, al Sur de Argel y en la provincia de Orán, entre Mazagrán y Mostaganem fué donde Abd-el-Kader dió comienzo á las hostilidades, en las que supo multiplicarse, así como escaparse de las derrotas que sabía convertir en desastrosas para los franceses.

Sin embargo, á pesar de conocer el país y de encontrar aliados y refuerzos en todas partes, perdió la batalla de Muzaya, que dió á los franceses la posesión de Cherchel, Medea y Miliana.

En esta incesante y pertinaz lucha, Francia obtenía la ventaja de amaestrar á su ejército, que más adelante podía brillar dignamente por su pericia y denuedo en el continente africano.

Duvivier, Changarnier, Bedeau, Cavaignac, Lamoriciere, que con cierta pretensión eran apellidados los africanos, se dieron á conocer por algunos hechos de armas honrosos así como también se distinguieron Pellissier, Saint-Arnaud, Randon, Jorcy, Canrobert, Bosquet, Mac-Mahon, Bazaine, Moires y otros que fueron más tarde, en el segundo imperio napoleónico, las mejores espadas.

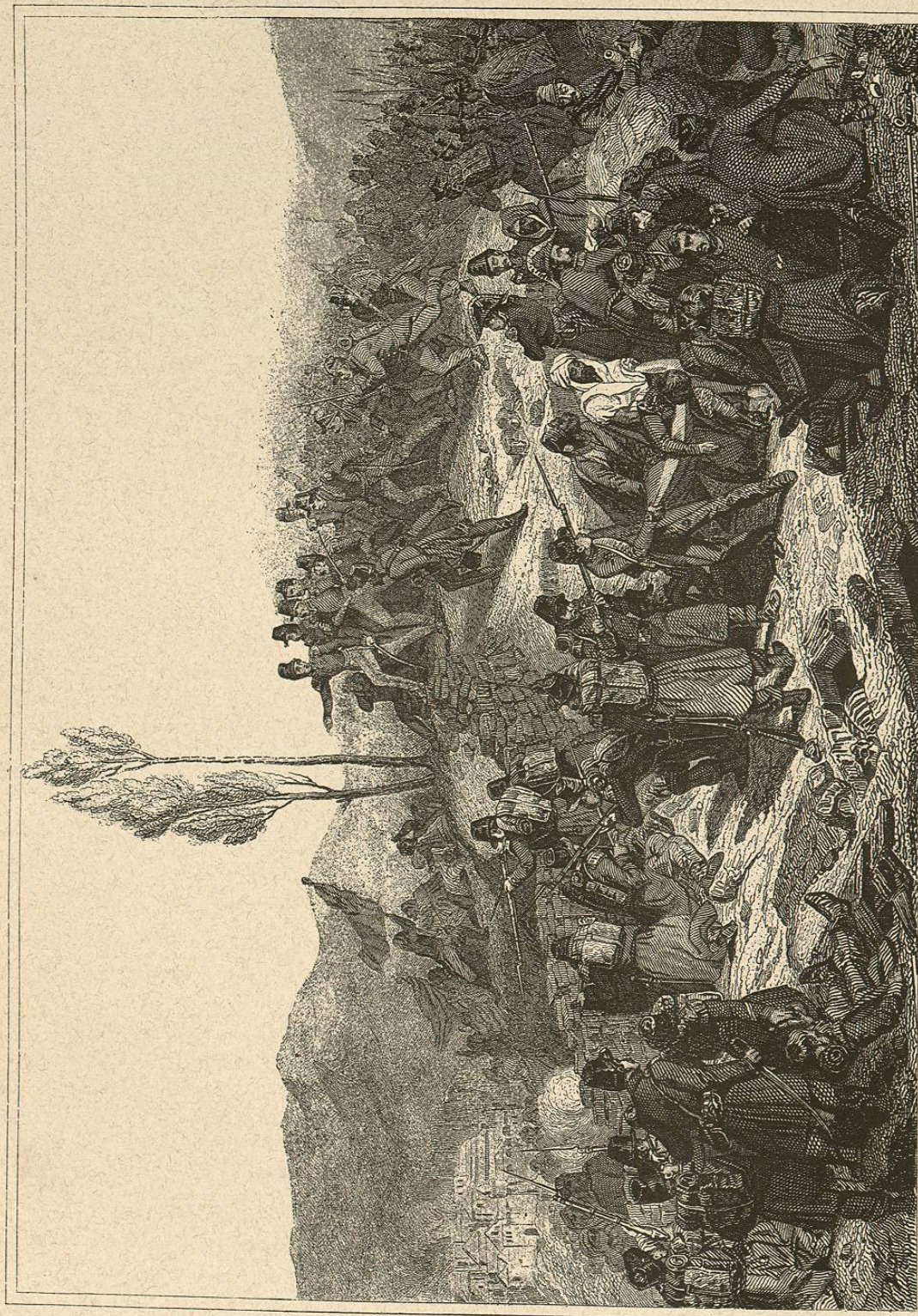
Pero el que más se distinguió entre todos ellos y el que más hizo por Argelia, fué el general Bugeaud, que reemplazó á Valée y permaneció hasta 1847 en aquella colonia francesa.

Bugeaud era bravo sin ser temerario, cuidadoso del soldado, popular entre la tropa, de la cual podía esperarlo todo porque la trataba bien, á la cual podía imponer todas las fatigas, porque nunca las imponía inútilmente; aquel valeroso general comprendía la manera cómo había de acometerse á las tribus arábicas.

Así fué que multiplicó las correrías y las excursiones llamadas *razzias*, en las cuales el invasor arrebató ó devasta cuanto pueda servir al enemigo, llevándose los ganados, víveres, etc., y con ellas fatigar al enemigo privándole de recursos.

Luego emprendió una verdadera expedición, para reponer de vituallas la ciudad de Miliana, que si bien ocupada por los franceses, estaba bloqueada por los árabes.

Finalmente, aquélla fué una guerra de montañas y como tal ruda, cansada y difícil, pero que dió gloria y provecho á los franceses que estaban siempre en continua campaña, no dando tregua ni descanso.



TOMA DE CONSTANTINA (Cuadro de H. Vernet)

Sucesivamente los franceses tomaron á Mascara, Bogar y Saida, y á mediados de 1842 Abd-el-Kader había perdido ya casi la mitad de sus estados.

Empero no desmayó, y corriendo de tribu en tribu logró reunir un ejército para sostener nuevamente su empresa, y, á medida que veía desvanecerse el ensueño de un grande imperio musulmán fundado por sus armas, parecía tomar con mayor ardimiento que nunca siendo si cabe más activo y encarnizado en la lucha.

A las tribus que se mostraron indecisas en apoyarle, escribíales: «Es decir que abandonáis la fe de vuestros padres y os entregáis cobardemente á los cristianos? ¿Acaso no tenéis suficiente valor y perseverancia para sobrellevar por algún tiempo más los males de la guerra? Mientras me quede un sople de vida haré la guerra á los cristianos y os seguiré como vuestra sombra. Os echaré en cara vuestra vergüenza para castigar vuestra cobardía y turbaré vuestro sueño con tiros que resonarán en torno de vuestros aduares hechos cristianos.»

Desde entonces Abd-el-Kader volvióse más osado, aventurándose ya hasta las puertas del mismo Argel; pero el general gobernador preparábase á darle un golpe que le fuese sensible.

El desierto era el refugio del emir, y de allí era de donde partía para sus expediciones, por lo que el general resolvió castigarle en el desierto, en lo que el árabe tuviese de más querido, en su familia.

La *esmalá* del emir formaba una verdadera ciudad errante que guardaba la familia del emir, las de sus principales compañeros, sus tesoros, ciudad flotante que le hacía las veces de plaza fuerte, la cual estaba defendida por una caballería temible.

Bugeaud emprendió la marcha por el mes de Mayo de 1843 acompañado del duque de Aumale que mandaba la columna móvil.

El 16 supo éste que los árabes, sin sospechar la proximidad de las tropas francesas, habían alzado á un cuarto de hora de ellas, tranquilamente las tiendas de la *esmalá*, en un repliegue del terreno junto á las fuentes del Tanquín.

Propicia era la ocasión con tanta ansia esperada, y comprendiendo el príncipe que era preciso aprovecharse de ella cuanto antes, pues el más mínimo retardo podía dar lugar á que la *esmalá* desapareciese como otras varias veces había sucedido, decide, sin aguardar la llegada de todas sus fuerzas, dividir en dos destacamentos la fuerza de caballería ligera que tenía á la mano: el uno para oortar la retirada al enemigo y el otro para preci-

pitarse al galope en medio de las tiendas de la *esmalá* de Abd-el-Kader.

Este rudo y súbito ataque desconcierta por completo á los árabes, que corren en vano á recoger sus tiendas, y aun cuando su caballería lucha con denodado valor, resulta inútil su arrojo ante el número y disciplina de los franceses, en cuyo poder cayó la *esmalá*, haciendo infinidad de prisioneros, entre los cuales se contaban los principales empleados del emir, siendo igualmente considerable el botín, digno premio al atrevido acto que produjo vivísima impresión en Argelia.

A consecuencia de esta derrota, mucho fué lo que disminuyó el prestigio del emir, siendo también resultado de ella la sumisión de varias tribus.

Marruecos fué el lugar á donde Abd-el-Kader se retiró, y cuyo emperador Abderramán, temeroso de la proximidad de una potencia cristiana, guardaba una actitud hostil con los franceses, no dejando de favorecer las incursiones que tenían por objeto perjudicar la naciente colonia.

El emir, pues, no podía buscar mayor apoyo que el del emperador de Marruecos, quien no se ocultó de favorecerle abiertamente, protección cuyos efectos poco tardaron en sentir los franceses, viendo invadir por los marroquíes sin temor alguno, el suelo argelino recientemente conquistado.

Ante aquella osadía, Bugeaud vese en el caso de organizar su ejército para oponerse al marroquí, que mandaba el mismo hijo de Abderramán.

Para llegar al pie de la baja colina ó terromontero donde se acampaban los marroquíes, era preciso que los soldados de Bugeaud pasasen á vado el río Isly, siendo la tienda del hijo del emperador el punto designado para que convergiesen las diferentes columnas francesas.

Estas, á pesar del nutrido fuego del enemigo, pasaron rápidamente el río, pero inmediatamente se ven atacadas por la caballería marroquí, que con la impetuosidad que le es propia, carga contra los franceses.

Para sostener el choque los batallones de Bugeaud forman el cuadro, descubriendo á su vez las baterías, que sucesivamente van disparando de un modo aterrador contra los escuadrones enemigos, los cuales ante los estragos que les causa la artillería francesa no pueden sostenerse, teniendo que pronunciarse en desordenada fuga.

Conseguida esta primera victoria, los franceses avanzan, se apoderan de las alturas y van derechos al terromontero en que se ostenta la tienda del hijo del emperador de la cual se hacen dueños tras breve lucha.

